

Londres, Inglaterra.

Aquel nunca había sido uno de sus dones. Podía leer el pensamiento de los demás si lo buscaba, pero jamás un contacto accidental había hecho algo así.

—Buena noche, Barlay— le felicitó Rowland caminando hacia la salida del club.

Tan solo fue un cordial saludo. Una simple palmada en la espalda para felicitarle por una buena partida de cartas y todo su ser se encogió ante el estruendo de imágenes que invadieron su cabeza.

Lucien Laverty, conde de Barlay, no pudo contestar, se había quedado paralizado. Mudo por la crueldad de aquellas escenas.

Todos los miembros del club conocían la inclinación de Rowland por golpear a las mujeres. No era ningún secreto, pues él mismo se jactaba con frecuencia de ello. Sin embargo, lo que Lucien había visto, iba más allá de una actividad sexual.

Nadie le vio recorrer en un solo paso los casi diez metros que ya le separaban de Rowland. Amparado en la escasa luz de la entrada al club de la calle St James y ayudado por las borracheras de la mayoría de los miembros que lo abandonaban, Lucien utilizó su magia para recuperar los segundos que el atropello de imágenes sin sentido, le habían hecho perder. Buscó un segundo contacto.

Rowland estaba subiendo a su carruaje cuando Lucien se abalanzó sobre él, en un tropiezo fingido. Necesitaba algo más que el contacto de una palmada. Con sus dos manos apoyadas sobre la espalda de Rowland, se empapó de aquellas escenas que segundos antes solo había vislumbrado.

— ¿Pero qué diablos?... ¡Barlay!—le reprendió Rowland enfurecido, sacudiéndose de encima las manos de Lucien como si fuesen a mancharle.

—Creeo... que me... iré... a dormir—le contestó Lucien arrastrando las palabras, en un intento de parecer tan borracho como los demás.

Rowland ni siquiera se molestó en contestar. Seguía empeñado en deshacerse del contacto de Lucien. Sus manos seguían sacudiendo el lugar donde él le había tocado. Con una mueca de asco en su rostro, entró en el carruaje y golpeó el techo, indicándole al cochero que podía partir, poco le importaba un conde borracho.

Lucien, se irguió, se colocó su capa sobre los hombros y caminó hacia la oscuridad de la noche. Hacia las sombras producidas por las mansiones y los callejones. Ya tenía lo que buscaba. Nada le retenía en ese lugar. Así que se dejó llevar por el viento y sus moléculas se separaron hasta desmaterializar su cuerpo.

Sus células volvieron a unirse formando un cuerpo sólido en la biblioteca de su mansión. Nada más tomar consistencia su mente vagó por los recuerdos que había absorbido de Rowland.

*«—No, he hecho nada... por favor suélteme.*

*—Bruja, eres una bruja... ¡Confiesa! —le gritaba Rowland.*

*—¡Ahh! —el grito de la joven desgarró el silencio. Rowland había golpeado su espalda con un látigo. Una segunda sacudida estremeció el cuerpo de la joven antes de desmayarse.*

*—Esperad a que despierte —ordenó Rowland—. Mientras seguid con las demás.»*

Las imágenes se cortaron. Lucien terminó de dar un paso. No se había dado cuenta de que se había detenido. La escena le había inmovilizado. Tomando todo control de su cuerpo. Respiraba con lentitud y profundamente.

Una copa, necesita un buen trago, se dijo. Caminó hacia la mesita con las bebidas y tomó una botella de whisky y un vaso. El líquido ambarino descendió de un golpe por su garganta. Se ahogaba. Necesitaba otro. Volvió a llenar el vaso y a vaciarlo con rapidez.

*«—Esta es mía—. Las manos de Rowland acariciaron la piel ensangrentada a causa de las heridas. Sus ojos se cerraron, mostrando placer por el contacto. Con sus manos manchadas de sangre, siguió acariciando el cuerpo desnudo e inerte de la joven. Manoseó los delicados pechos. El rostro de Rowland mostraba placer, el de Lucien repulsión. Siguió contemplando, como espectador involuntario, las manos de Rowland pellizcando los rosados pezones de la mujer, cubriéndolos de rojo. Los ojos de Lucien siguieron el camino de una gota de sangre que resbaló por el*

*vientre femenino y se perdió en su ombligo. Tan solo había parpadeado y en ese tiempo, ese diminuto camino había sido extendido por la asquerosa mano de Rowland. La joven levantó la cabeza y le miró horrorizada. Sus ojos verdes cristalinos, miraron más allá de su torturador, más allá de todo cuanto veía.»*

Miraron directamente a los ojos de Lucien y rogaron la muerte.

Sacudió la cabeza y la imagen desapareció de su visión. Esos ojos miraban a Rowland, se dijo, tenía que ser así. ¿Cómo iban a mirarle a él?

Inclinó la botella para llenar el vaso de nuevo, pero no había botella, ni tampoco vaso. Los cristales estaban incrustados en su piel. Había apretado con tanta fuerza sus manos, que la botella y el vaso se habían hecho añicos. Se miró las manos, temblaban. Sus músculos estaban tan contraídos que su piel estaba pálida y los cristales atrapados entre ellos. Tiró con fuerza de un trozo. No sentía dolor ninguno en la mano aunque la herida era profunda. Observó hipnotizado el descenso de una gota de sangre que se escurrió del cristal y volvió al interior de su cuerpo. Ni una gota abandonaría sus venas, en cambio en ella no era así. La sangre humana se derramaba en cada herida. Rowland había extendido ese líquido rojo por todo su cuerpo con un deleite monstruoso.

*«—Puedo estar así todo el tiempo que desees—le susurró con lascivia al oído—. Disfrutaré cada segundo—. Rowland acompañó sus palabras con un movimiento de cadera que colocó su miembro erecto junto a la pierna femenina. Las cadenas rugieron cuando ella intentó apartarse.»*

La escena desapareció de su cabeza y Lucien veía de nuevo sus manos. Cerradas y con los cristales sobresaliendo de ellas a través de su piel. Por un momento, pensó en su hermano. Solo Marcus era capaz de crear imágenes sobre la palma de la mano. Observó su puño, no su palma. La única imagen allí estaba en su cabeza. Tiró de un nuevo trozo de la botella sin ni siquiera abrir sus dedos. En aquellas manos no había dolor ni sangre. Abrió los puños y miró, extrañamente sosegado, los restos de la botella y del vaso que aún estaban en él. La herida producida por la extracción del anterior trozo ya había cerrado, y la otra llevaba el mismo camino. Uno a uno se quitó los cristales y los arrojó al suelo. Los contempló a sus pies, sobre la alfombra. Todos limpios, sin una mancha roja.

*«—No me importa si confiesas o no. Puedo mantenerte viva durante días. Tardaré mucho en cansarme de acariciar este precioso cuerpo.»*

*Las palabras de Rowland se mezclaban con el rechinar de los grilletes. La única protesta de ella. De sus labios no saldría ni una palabra de suplica, no le daría ese placer. Sus ojos le miraron desafiantes y Rowland le apartó la mirada con un bofetón en la mejilla. Los dientes de ella mordieron la comisura de sus labios tragándose la sangre.*

*—¡Eso es mío!—gritó Rowland, apoderándose de los labios con su boca en un beso posesivo y doloroso.*

*Los ojos de la mujer se movieron buscando. Cuando hallaron lo que buscaban, una lágrima rodó por su mejilla.»*

Lucien dio un paso atrás sorprendido. Sus ojos lo habían buscado, como si se hubiese encontrado allí.

Lo habían buscado. Esos ojos verdes que rogaban la muerte a alguien que no estaba allí, lo habían buscado.

Caminó en círculos alrededor de los cristales del suelo. Él no había estado allí, ¿por qué ella le miraba? A todo esto, ¿quién era ella?

Lucien se pasó las manos por la cabeza y desordenó sus cabellos mientras buscaba en su propia mente, entre sus propios recuerdos.

Esos ojos verdes, ese brillo de las lágrimas, esa suplica...

Continuó paseando por la biblioteca como un animal enjaulado. Caminando y deshaciendo el camino.

*«—Traed agua para limpiarla, no quiero sangre seca sobre ella.*

*Un monje le acercó un cubo del que colgaba un trapo. Lo dejó a su lado y se apartó. Ni siquiera lo miró. Permaneció quieto y con la cabeza oculta en la capucha del hábito, esperando.*

*— ¿Quiere que la limpie? — preguntó el monje. Su voz temblaba, incapaz de ocultar el miedo que estaba sintiendo.*

*—¡No vais a tocarla!— gritó Rowland enfurecido a apenas unos centímetros del rostro del monje que se asustó tanto que tropezó en su huida y cayó al suelo.*

*—Padre nuestro...—rezaba el monje mientras se arrastraba lejos de Rowland.*

*Ninguno de esos monjes excitados iba a tocarla. Ella era suya. Sin embargo, la idea de limpiarla él mismo tampoco era de su agrado. La solución apareció a sus ojos al mirar hacia la derecha. A ella aún no la habían tocado. Rowland caminó hacia una mujer. Agarró las llaves que colgaban de su cinto y abrió los grilletes que la sujetaban a la pared.*

*—Límpiale la sangre seca—le ordenó señalando con la mano el cuerpo de la joven.»*

Miró desorientado a su alrededor. Se había detenido de nuevo. Como si el tiempo se detuviera mientras veía los retazos de imágenes.

*—Convoco a...— Lucien detuvo sus palabras.*

No podía convocar los poderes de la espada. No podía utilizar su magia. No cuando el obispo Gardiner estaba removiendo todo el reino en busca de brujas. Quizás no fuera el mejor momento para meterse en problemas. Debería permanecer escondido y esperar el paso del tiempo. Un escalofrío le recorrió de arriba abajo, aquellos ojos verdes que le perseguían no iban a esperar a que todo pasase.

*«—Esta es mía—. Las manos de Rowland acariciaron la piel ensangrentada a causa de las heridas. Sus ojos se cerraron, mostrando placer por el contacto. Con sus manos manchadas de sangre, siguió acariciando el cuerpo desnudo e inerte de la joven.*

*Manoseó los delicados pechos y pellizcó los rosados pezones de la mujer, cubriéndolos de rojo. La diminuta gota de sangre que resbaló por el vientre femenino y se perdió en su ombligo, la mano de Rowland extendiéndola. La joven levantó la cabeza y le miró.»*

Lucien retrocedió, huyendo de su mirada.

Buscaría a Rowland y lo descuartizaría vivo. La idea le reconfortó, en demasía quizás, pero poco le importaba en esos momentos volver al pasado, después de todo, el pasado ya estaba volviendo sin él buscarlo. Sin embargo, la desilusión se abrió pronto paso. Si acababa con Rowland nunca la encontraría a ella. Y aunque fuese un cadáver ya, se merecía descanso.

Los primeros rayos de sol, sorprendieron a Lucien de pie junto a la mesa. Había pasado la noche intentando huir de las escenas y lo único que había conseguido era contemplar aquella tortura infinidad de veces. Repitiéndola una y otra vez. Tenía grabado en su mente cada detalle de las heridas de ella, cada corte que la malvada mano de Rowland le había infringido. Así como cada estremecimiento de placer de aquel depravado.

Con determinación, ordenó a su cuerpo desmaterializarse hasta su habitación. Se aseó un poco y se cambió de ropa. Volvería al mismo lugar dónde estaba anoche. Ese bastardo no andaría muy lejos de las mesas de juego.

El club de la calle St James, parecía desierto a esa hora de la mañana. La mayoría de los caballeros aún dormían, la partida de naipes de la noche pasada se había prolongado hasta la madrugada. No obstante no todo el mundo estuvo allí. Lucien sabía que la persona que buscaba estaría sin lugar a dudas en sus salas.

—Buenos días, lord Dudley, diría que duerme usted en el club—. Lucien se sentó junto al anciano, como había hecho a lo largo de las últimas décadas.

—Mi joven amigo, lo más emocionante que hay en mi vida, son las idas y venidas de vosotros, los jóvenes.

—Vamos, señor, tampoco es tan anciano.

La respuesta fue una sonora carcajada. Lord Dudley rondaba ya los cincuenta, era un anciano en toda regla, con sus cabellos blancos y su espalda ya encorvada. Lucien recordaba cuando el viejo era un joven como él. Las de juergas que se habían corrido juntos. Recordó las veces que le hablaba de las noches que había pasado con el anterior conde de Barlay, como si le hablase de su padre, sin saber que hablaba de él mismo. Lucien se paró, pronto moriría como todos los demás y él seguiría allí, con un nuevo título, era tercero o cuarto el número de supuestos condes de Barlay después del verdadero, su abuelo. Sus pensamientos no caminaron por ahí mucho tiempo.

*«Los ojos de la mujer se movieron buscando. Cuando hallaron lo que buscaban, una lágrima rodó por su mejilla.»*

—Dime Lucien, qué te trae tan temprano por el club—.Las palabras del anciano hicieron que la escena se esfumara en el aire devolviéndole a la conciencia.

—Buscaba a Rowland.

— ¿Ese canalla?—exclamó sorprendido el anciano—. Dejó muy claro anoche que iba a estar fuera un par de días. Viaje por placer. Y ya sabes de qué placer hablaba.

Sabía de qué placer hablaba, otra cosa era poder olvidarlo.

*«Las manos de Rowland acariciaron la piel ensangrentada a causa de las heridas. Sus ojos se cerraron, mostrando placer por el contacto. Con sus manos manchadas de sangre, siguió acariciando el cuerpo desnudo e inerte de la joven.»*

—Entiendo... —Lucien apretó los puños bajo la mesa, se le había escapado.

—No me gusta ese hombre. Ten cuidado, hijo.

—Lo tendré, señor. Y descuide, no comparto ni me agradan sus gustos.

—Creo que a nadie. Un hombre así tiene asegurado su pasaje al infierno. Cree que uniéndose a los cazadores de brujas, excomulgará sus pecados...

— ¿Cómo...? —interrumpió Lucien asombrado.

—Hace unos meses, contó que el obispo Gardiner le pidió ayuda en el proceso de las brujas. Se jactaba de haber encontrado un entretenimiento perfecto. Ayudaría a su rey, a su iglesia y a él mismo. Decía que era un regalo del cielo.

Los puños de Lucien seguían apretándose y su respiración se estaba alterando como consecuencia del tremendo control que estaba ejerciendo en su interior. Los gritos femeninos resonaban en su cabeza sin poder evitarlo. Se frotó los ojos con una mano, intentando que recuperaran el dorado que sin duda ya habían perdido. El cambio en sus ojos era la única prueba de que su rabia se estaba desbocando.

—Señor... ¿sabe usted dónde? —preguntó Lucien. Apenas podía hablar, si abría más la boca, su ira tomaría el control y solo brotaría el rugido de una bestia.

—He oído que hicieron una incursión en Essex.

—Monstruos — gruñó apartando su mirada hacia la pared.

—Lucien, ten cuidado. A veces, Rowland puede ser peligroso hasta para ti.

Lucien le miró atónito. ¿A qué venía ese comentario? Peligroso hasta para ti, ¿qué sabía el anciano? No había más significado que el que había. El asunto de Rowland lo estaba volviendo paranoico.

Lucien sacudió la cabeza, se estaba dejando llevar por suposiciones.

—Señor... —ni siquiera se atrevía a preguntar. ¿Descubierto? Algo en su interior se movió, se puso alerta.

Varios lores tan ancianos como Dudley entraron en el reservado. Ignorándolos, Dudley le miró y sonrió. Lucien hubiera jurado que había algo de complicidad en su mirada.

¿O lo había imaginado?

*«La joven levantó la cabeza y le miró horrorizada. Sus ojos verdes cristalinos, miraron más allá de su torturador, más allá de todo cuanto veía, hacia él.»*

Sacudió la cabeza. Estaba viendo demasiadas cosas que no existían. Sus pensamientos dejaron de lado al anciano y se centraron en la información que éste le había dado. Eso sí era algo palpable. Cazadores de brujas, pensó que ya había dejado atrás ese tema, esa etapa de su vida. Estaba visto que el pasado quería ver la luz de nuevo. Cazadores de brujas, y él sería un cazador de cazadores, de nuevo. Tal vez tuviera que ir él mismo a la Essex y averiguar algo más.

Caminó de vuelta al carruaje mientras en su mente resonaban los gritos aterrados de aquella mujer. Aunque no eran sus gritos lo que no podía quitarse de la cabeza, sino la profundidad de aquellos ojos, que parecían mirar más allá de Rowland, para hallar los suyos.

No necesitó carruaje, no necesitó medio de transporte. Lucien simplemente anduvo en dirección a Essex un paso, otro. Un bosque apareció ante él durante apenas un segundo. La extensión

de un prado fue lo siguiente que vio, para aparecer después en rodeado de ovejas. Diferentes paisajes le dieron a Lucien la bienvenida antes de aparecer a las afuera de Essex.

En la aldea se podía oler el miedo, la gente se escondía a su paso, asustados de cualquier desconocido. Sin poder evitarlo, sus fosas nasales se llenaron del temor reinante en las calles, en las personas.

Lucien caminó entre los aldeanos mezclándose con ellos pero con cuidado de no rozarlos. Sus pensamientos siempre traían desgracias y dolor a parte de una sensación de robo, de estar llevándose algo que no le pertenecía y aunque era cierto, no era culpa suya. Era algo con lo que había nacido, como todo lo demás.

Sin detenerse para no llamar todavía más la atención, extendió sus sentidos mágicos más allá de él. Examinando su entorno desde un punto de vista diferente. El aire estaba impregnado de miedo, como un olor añadido. Sus pasos se detuvieron. Mezclado y confundido con ese olor, estaba la sangre. Sangre seca. Hacía tiempo que había sido derramada y aun así, su olor característico aún perduraba en el aire. Olfateó buscando su procedencia, la estela de su aroma. Pronto su visión se volvió distinta. Deshaciendo las figuras humanas que se hallaban a su alrededor. Dejándolas solo en una estela, en un cuerpo sin forma y sin consistencia. Entre ellas, la sangre tomó forma. Formando un camino a seguir y Lucien lo siguió. Caminando en su pos, alejándose de la gente, de las casas, abandonando la aldea.

Se adentró en un pequeño bosque. Donde el silencio era sobrecogedor, espeluznante. Ni un crujido, ni un animal, hasta las criaturas del bosque parecían haber desaparecido.

Nada.

Lucien se rascó la nuca para darse luego unas palmadas. Con sus sentidos humanos bien alerta y sus instintos «no humanos» en pleno rendimiento. Esperando agazapados, vigilantes, una pantera lista para saltar sobre su presa. Avanzó despacio, sin hacer ruido, flotando entre la maleza.

Tal vez era el lugar, tal vez era el sobrecogedor silencio, el encontrarse en un lugar dónde la magia estaba prohibida, donde él estaba prohibido, pero algo no estaba marchando bien. Una extraña sensación se fue apoderando de él en cada paso que daba, en cada respiración que hacía.

Sintiéndola en su cuerpo, como si quisiese avisarle de un peligro, de que algo iba a suceder fuera de lo normal, como si no fuese suficiente que él ya fuese «*fuera de lo normal*».

Quizás solo tuviese que ver con lo que tenía entre manos. Quizás solo fuese por el miedo que se respiraba. Quizás...

Lucien sacudió la cabeza, apartando toda suposición, pero no por ello consiguió sacudir aquella sensación que ya empezaba a dominarlo todo.

Inspiró despacio, retuvo el aire unos segundos y lo dejó salir tan despacio como entró. Recuperando parte de su autocontrol, la otra parte se la había llevado aquel recelo.

Caminó recordando la escena, los gritos de la mujer, sus ojos, la advertencia de Dudley, a Rowland. Todo aquello que había venido a buscar le estaba poniendo los vellos de punta.

Quizás había llegado el momento de echar mano a la magia y aceptar luego las consecuencias. Al cuerno con todo, no permitiría que ese bastardo siguiera matando a más mujeres.

Caminó hacia la entrada de una casa vieja, parecía abandonada, pero sabía que solo era una fachada. Todo el efluvio de la sangre se concentraba allí, mezclado con la muerte.

Extendió la mano y abrió la puerta. Entró dispuesto a enfrentarse a todo. Su mirada recorrió rápidamente el lugar, preparándose para actuar. Allí no había nadie ni nada, ni siquiera un mueble para llenar la estancia. Sus ojos se centraron en una tenue luz se filtraba a través de los tablones del suelo.

Su magia gritaba por salir, por liberarse para castigar, pero no estaba dispuesto a sucumbir. Aún no era el momento apropiado. No iba a dejar que le descubriesen ahora. Sería un hombre más, podía hacerlo así.

Siguió los tablones del suelo con la mirada fija en ellos. Al fondo, una puerta cerrada llamó su atención. Se acercó despacio y con cautela, nadie se interponía en su camino. Su primer impulso fue retirar el leño que atrancaba la puerta mientras se acercaba

pero se contuvo en el último segundo, aquel era un lugar prohibido para la magia. Con las manos y no con la mente, retiró la madera y abrió la puerta con cautela temiendo que sus goznes rechinaran. El hedor le dio una bofetada que casi le hace perder el sentido. Una pestilencia que le dio la certeza de que no se había equivocado de sitio

Bajó los primeros escalones con las manos y la espalda pegadas a la pared tanto para no ser descubierto como para evitar el olor. Las escenas extraídas de la cabeza de Rowland volvieron a desfilar ante él deteniendo sus pasos. De nuevo aquellos ojos, y sin embargo, algo fallaba...

¿Dónde estaba el ruido? ¿Dónde los gritos de su visión?...

No se había equivocado de sitio, pero sí de momento. Sus hombros bajaron notablemente muestra del abatimiento, de la desilusión.

No hizo falta luz, sus ojos se habituaron rápidamente a la oscuridad, permitiéndole ver. No era magia, era parte de él mismo.

Tal vez hubiese sido mejor no ver, pensó Lucien. No quería ver las atrocidades que ocultaban allí. Sus ojos se abrieron desmesuradamente incluso antes de terminar de bajar las escaleras. Amontonados en la esquina de aquella sala subterránea, había cuerpos tirados por el suelo, como si de trapos sucios se tratara. Testigos mudos de la masacre que había acontecido. Aquello era horrible, cómo podía un hombre hacer eso. Se llevó la mano a la boca reprimiendo una arcada de asco.

Resopló, la furia comenzó a inundar lo que antes había sido repugnancia. Cómo no había visto eso antes en Rowland. Se paseaba por las calles de Londres como si nada y dejaba en la campiña sus horrendos crímenes.

Desde donde estaba, en mitad de la escalera, observó horrorizado los cuerpos de las mujeres que aun colgaban del techo. Solo su experiencia le decía que eran mujeres, pues nada en los cuerpos denotaba su género, apenas se les veía piel, todo era sangre. Pero no eran los cuerpos rollizos que debían ser, eran mozas delgadas.

Una mueca de asco desfiguró su rostro, repulsión por aquellos hombres que se refugiaban en la iglesia para esconder sus más bajos instintos. Monstruos que obtenían placer en el dolor y la humillación.

Y pensar que había estado sentando con uno en el club.

¿Cuántas mujeres inocentes habrían matado ya Rowland?

¿Por qué no sería la videncia uno de sus dones? ¿Para qué se habían saltado aquellas imágenes su barrera mental si ya no podía hacer nada?

El hedor era insoportable, sangre, carne quemada, se mezclaban con las heces y la orina. Cuerpos ya en estado de putrefacción, le dijeron que aquello llevaba ya mucho tiempo allí.

—Malditos monstruos... —sus palabras fueron repetidas por el eco de la cueva—. La próxima vez llegaré antes y entonces seréis

míos. Os voy a dar caza, como vosotros habéis cazado a estas mujeres. Rowland...

Caminó, más bien deambuló por la sala subterránea sin ningún sentido, desorientado. El olor se hacía cada vez más asfixiante nublando sus sentidos humanos, alertando su lado inmortal.

Los muertos no tienen pensamientos, se dijo y se acercó a los cuerpos buscando vida en ellos. Muertas, estaban muertas, no podía hacer nada por ellas y aún así, no podía marcharse de allí, algo le impedía irse. Aquella maldita sensación de recelo se hacía aún más fuerte, tan fuerte que ya dolía. Una punzada en el pecho que le cortaba la respiración. O era el hedor. Se movió despacio, observando con detenimiento todo cuanto había a su alrededor, esperando absurdamente que esa sensación funcionase igual que un detector y le indicase qué buscar.

Aún quedaba un cuerpo colgado en el centro de la cueva. Hacia allí tenía que ir. Maldita sea, aquello escapaba a su entendimiento, a su control, pero todo en él decía que tenía que acercarse.

Se acercó a ella por detrás, su cabeza no se veía, estaba colgando sobre su pecho. Su espalda estaba descuartizada a latigazos al igual que sus brazos. Sintió un escalofrío que le recorrió de los pies a la cabeza. La furia comenzó a hervirle en la sangre. Por lo que veía, esa mujer había recibido latigazos en todo el cuerpo, no se salvaba nada. Sus piernas habían sido dibujadas macabramente con un cuchillo, infringiendo cortes pequeños, con intención de causar más dolor. Apretó los puños con fuerza, hasta hacer blanquear sus nudillos, cuando su mente identificó a la joven. Había visto a Rowland torturarla.

¡Era ella!

Lucien caminó en círculos, alrededor del cuerpo. Algo le impulsaba a tocarla, como si esa piel ensangrentada le atrajese. No quería acercarse, él no era un monstruo, no le atraían esas torturas. Pero no podía dejar de mirarla, algo le había cautivado, paralizado junto a ella.

Embrujado.

No se le ocurrió una mejor manera de describirlo, aunque pareciese irónico, se sentía embrujado, incapaz de moverse. Tan solo su parte mágica se revolvía en su interior, exigiendo liberación.

Su mano...

¡¡No podía controlar su mano!!

Se estaba moviendo por voluntad propia. Se acercaba a los hombros, a aquella quemadura en forma de cruz que sobresalía de la piel. De repente, se quedó detenida en el aire. Por un segundo le pareció ver su pecho hincharse en una inspiración de aire. Se hizo el silencio, pero no oyó la exhalación. Una sensación de tristeza se apoderó de su corazón. Había estado esperando que estuviera viva. Pero, ¡quién iba a sobrevivir a aquello!

Estaba divagando y ni siquiera se había dado cuenta de que su mano volvía a moverse hasta que sintió el frío bajo su palma. El frío de una piel mojada de sangre, de una piel muerta.

Aquello no podía estar pasando, al menos no a él. Era lo que estaba pensando Lucien mientras observaba que su otra mano corría la misma suerte que la anterior. Se movía sin control. Intentó separarse pero le fue imposible apartar la mano que ya reposaba sobre el cuerpo inerte de la joven.

La idea de que se había topado con una auténtica bruja comenzaba a ganar fuerzas. Había traspasado sus barreras mágicas, buscando ayuda y había fracasado, sería un castigo, una maldición y él había caído. Pero la pregunta de por qué no había escapado de aquella tortura, ganaba las mismas fuerzas.

Él no iba a acabar allí, a Lucien Laverty no se le atrapa. Con decisión, utilizó todo el poder que tenía para escapar de aquello. Ya no le importaba ser descubierto, no se iba a dejar cazar.

Concentró todo su poder en apartar las manos de ella, pero cuanto más presión ejercía más difícil se le hacía apartar la mano y más rápido subía la otra hacia el cuerpo de ella. Como si su propio poder estuviese siendo utilizado en su contra.

—¡Nooooo! —gritó, cuando sus dos manos tocaron el cuerpo femenino.

Una punzada de un dolor insoportable le recorrió desde las manos que tocaban a la mujer hasta los pies. Recorrió su columna vertebral e igual que un veneno, se coló en sus venas, acabando de recorrer su cuerpo, sin dejar nada sin invadir. Directa al corazón, como una puñalada bien certera. Sintió el corazón estallarle en pedazos en el pecho. Sus rodillas se doblaron y sus manos tocaron el suelo a sus pies.

Su cuerpo ya no se movía, el dolor había mermado sus sentidos...